

todos los principios que ha proclamado en su carrera política antes de ahora. Aquí no hay, pues, cuestión de derecho ni de autoridad, sino de oportunidad y de conveniencia.»

El mensaje en que Madison comunicó al congreso, en 20 de setiembre de 1814, el proyecto de Monroe, su ministro de la Guerra, de aumentar el ejército activo hasta cien mil hombres, la división en clases y el enganche de menores, suscitó en los Estados del Norte una tempestad de indignación que tuvo por consecuencia la reunión de un pequeño congreso en Hartford, en 15 de diciembre de 1814, en el cual tomaron parte 26 diputados de varios Estados. Las sesiones fueron secretas y no dieron resultado. Un periódico de Richmond, inspirado por Jefferson desde su retiro, escribió con este motivo: «Ningun individuo, ninguna reunión de individuos, ni ningún Estado ni grupo de Estados tienen derecho á salirse de la Union por su propia y única voluntad: solo el poder que nos ha unido puede desunirnos. La mayoría que decidió nuestra union, ha de autorizar también la separación de un miembro cualquiera; sin esta autorización es acto de alevosía toda tentativa de disolver la Union ó de desautorizar sus decretos constitucionales.»

No pensaban así los Estados del Sur cuando prepararon en 1860 su separación de la Union.

Daniel Webster, el mejor orador del partido federalista entonces, no aprobó la reunión del congresillo particularista de Hartford, pero no lo consideró ni sedicioso ni traidor (1).

La verdad es que se declaró la guerra porque las medidas hostiles del gobierno inglés perjudicaban mas que á ninguno á los Estados del Norte, pero estos miraron la cuestión desde otro punto de vista y tenían por seguro que la guerra aumentaría el mal. Véanse ahora las proposiciones que se hicieron y que adoptó el congreso de Hartford, por único resultado de sus tareas: En adelante se permitirá á los Estados esclavistas enviar al congreso nacional solo el número de representantes que corresponda á su población blanca, sin tener en cuenta como hasta aquí las tres quintas partes de la población esclava. Se reducirán las facultades del congreso respecto de la admisión de nuevos Estados en la Union, así como respecto de clausura de puertos y prohibiciones ó limitaciones de importación y exportación, y se le quitará el derecho de declarar la guerra. Se declarará á los inmigrantes extranjeros inhábiles para empleos públicos. El presidente no podrá ser reelegido, ni podrán ser dos presidentes consecutivos ciudadanos de un mismo Estado. Finalmente, el congreso de Hartford declaró expresamente que no era su propósito anular la constitución de los Estados Unidos. Sin disolverse, suspendió sus sesiones en 5 de enero de 1815 y envió á la capital Washington una comisión para ponerse de acuerdo con el gobierno federal y proponerle la convocación de una asamblea general en Boston; pero como en aquel año se hizo la paz con Inglaterra, según veremos mas adelante, se apaciguó también la agitación interior y se abandonaron todas estas proposiciones.

Quedó declarada la guerra á consecuencia de la sutileza y de las mentiras indignas del gobierno francés, así como de la ligereza de los Estados norte-americanos del Sur, que en su ciego ardor no vieron que trabajaban á favor de la Francia. El gobierno de la Union no tenía ningun plan definitivo y oscilando entre opiniones varias decidióse, finalmente, por la peor, recomendada en el plan de Jefferson, consistente en la conquista del Canadá y en reducirse por mar á la defensiva.

(1) Abenazar Webster era un verdadero neo-inglés de los antiguos tiempos, que había corrido los bosques y peleado contra los indios. Tuvo diez hijos, y el noveno fué Daniel, que nació en 1782. El joven Webster á los cuatro años de edad sabía ya leer; despues se hizo abogado y ejerció su profesion en diferentes Estados. (N. del T.)

va en cuanto fuera factible. El ya citado diputado Webster dijo en la cámara de representantes, en la sesión del 14 de enero de 1814, cuando los sucesos habían evidenciado la equivocación: «Procurad que en adelante no pueda decirse que ni un solo buque poderoso construido por los Estados Unidos despliega nuestra bandera en el Océano. Si la guerra ha de continuar, hacedla por mar; si luchais de veras en defensa de los derechos marítimos, luchad en el elemento en el cual estos derechos se han de defender. Este elemento os lo indican todas las señales de vuestro porvenir, y allí os acompañarán los deseos, las esperanzas de toda la nación, porque hasta las divergencias de nuestros partidos, por grandes que sean, cesan donde principia el Océano.»

Difícilísima era la elección de los generales, porque había pocos y todos eran ineptos. Nombróse general en jefe á Dearborn, que había hecho la guerra de la independencia con el grado de comandante; Wilkinson, Hampton, Hull y Bloomfield se llamaban los demás generales elegidos. El congreso había autorizado el enganche de 20,000 hombres, pero nadie se presentó para engancharse, y de 100,000 milicianos que figuraban en el papel apenas se reunieron algunos miles, y gracias que entre estos hubo cierto número de buenos tiradores de los pueblos fronterizos, avezados á habérselas con los indios. Así fué que el ejército llamado del Noroeste, mandado por el anciano y gastado general Hull, que dirigía la expedición contra el Canadá, no llegó á 3,000 hombres, y el del centro, con el cual debía operar al mismo tiempo en la comarca del Niágara, apenas contaba 4,000. Sin caminos transitables, llegó Hull con gran trabajo á la primera aldea canadiense, donde se apresuró á publicar una proclama ridículamente altisonante que decía entre otras cosas: «He venido para librar á todos de la tiranía é injusticia de los ingleses; y si estos se atreviesen á emplear guerreros indios como auxiliares, los aniquilaré.» Los indios, dispuestos siempre á matar y ávidos de botín, acudieron de todas partes para ponerse al servicio de los ingleses, que les daban buen sueldo; obstruyeron el camino á los americanos, les tomaron las provisiones y pasaron á cuchillo sus destacamentos. Los ingleses se apoderaron del importante fuerte de Mackinaw, defendido por 57 hombres, y cuyo comandante ni siquiera había sido avisado del rompimiento de las hostilidades. Y sin embargo, el general Hull hacía ya doce días que estaba con su fuerza en Detroit cuando la débil guarnición de Mackinaw, ignorante de todo, tuvo que capitular á la primera embestida del enemigo, que contaba unos mil hombres entre ingleses é indios. Hull, temiendo verse cortado por la espalda, se retiró á toda prisa del territorio canadiense sobre Detroit, sin aprovechar la ocasión de apoderarse del importante fuerte de Malden (ó Amherstberg), situado en la embocadura del río Detroit, en el lago Erie. Entretanto Dearborn convino con los ingleses una corta tregua en la cual no fué comprendido el ejército de Hull, como si quisiese facilitar la destrucción de este á los ingleses, los cuales se apresuraron en efecto á reforzar al general Brock, que estaba en frente de Hull. Este, en 16 de agosto, se rindió vergonzosamente á discreción con todo su ejército sin disparar un tiro. Todo el Michigan, con la plaza de Detroit y el lago Erie, quedaron con esto de un golpe en poder de los ingleses. Acudieron los generales Harrison, Winchester y Tupper con un nuevo ejército de cuatro mil hombres, pero solo pudieron destruir algunas aldeas indias que encontraron abandonadas y obligar á los indios á respetar las fronteras. La insubordinación de los voluntarios imposibilitó emprender otras operaciones.

Hull, juzgado despues en un consejo de guerra y acusado de traición, de cobardía y de haber faltado escandalosamente á su deber, fué degradado y condenado á muerte; pero el

presidente le hizo gracia de la vida en atención á sus servicios anteriores.

Tampoco fueron felices los americanos por el lado del Niágara y del lago Ontario, donde los ingleses rechazaron un ataque al fuerte de Queenstown; y cuando el general americano Rensselaer ordenó un segundo ataque, sus milicianos le declararon que sus escrúpulos constitucionales no les permitían entrar en territorio extranjero. Los ingleses, que no tenían semejantes escrúpulos, hicieron prisioneros mas de mil milicianos y Rensselaer, disgustado, dimitió. En su lugar fué nombrado Smith, que publicó una proclama fanfarrona, como Hull, y se retiró vergonzosamente apenas se vió en frente del enemigo. Fué destituido y no pudo presentarse en adelante en ninguna parte sin ser la bafa de todo el mundo. El general en jefe, Dearborn, no fué mas feliz que sus subordinados. Avanzando hácia el Norte con sus 3,000 hombres escogidos, varias secciones de sus tropas se atacaron mutuamente una noche tomándose por enemigos, resultando de este error muchos muertos y heridos. Así sus soldados, sin haber alcanzado mas que derrotas por ineptitud, cobardía y espíritu sedicioso, tomaron melancólicos y cabizbajos sus cuarteles de invierno; resultado muy diferente del que se habían imaginado Jefferson y cuantos como él habían recomendado la guerra terrestre y la conquista del Canadá con preferencia á la guerra marítima.

Cabalmente por este último lado brilló alguna esperanza, porque la reducida, descuidada y menospreciada marina se distinguió brillantemente en cuantas ocasiones pudo operar. No pudieron registrarse grandes batallas navales porque las ocho fragatas y 12 chalupas que componían la marina de guerra americana no podían desafiar á los 1,060 buques ingleses, entre ellos mas de 700 cruceros perfectamente armados y pertrechados; pero en encuentros sueltos los marinos americanos se mostraron á la altura de sus enemigos, que recibieron en muchas ocasiones descabros graves, tanto mas sensibles cuanto que se tenía en Inglaterra y en toda Europa una idea muy pobre de la pericia marítima de los americanos. Estos contaban, sin embargo, en sus dilatadísimas costas una población marítima acostumbrada á todos los peligros é intemperies, y quizás mas arrojada que la de Inglaterra. La fragata *Constitucion*, perseguida durante cuatro días y noches por toda una escuadra inglesa, supo librarse de sus perseguidores y entrar finalmente en el puerto protector en virtud de las hábiles maniobras de su capitán y tripulación. El primero se llamaba Hull y era sobrino del general del mismo nombre que tan cobardemente se había rendido á los ingleses con todo su ejército cerca de Detroit. Este mismo marino atacó poco despues con su buque á la fragata inglesa *Guerriere*, de 63 cañones, y la obligó á rendirse despues de media hora de combate y de haber tenido cien bajas entre muertos y heridos. El buque enemigo, inutilizado completamente, fué destruido por el americano. Otro buque de 32 cañones, el *Essex*, tomó despues de un corto combate la chalupa inglesa *Alert*, de 20 cañones; la chalupa americana *Wesph* capturó, despues de una lucha empeñadísima, al buque inglés *Frolic*, si bien á las pocas horas fué apresada por un navío de línea inglés. La ya citada fragata *Estados Unidos* tomó un paquete inglés y luego otro de 49 cañones llamado *Macedonio*, y el capitán Bainbridge, que mandaba esta vez la fragata *Constitucion*, venció en sangrientísima lucha al buque inglés *Java*, que quedó destruido. El citado capitán Hull cobró con su tripulación 50,000 pesos de las presas que habían hecho; el congreso además dió al primero, en nombre de la nación, un voto de gracias. «Los ingleses,—dice el célebre novelista americano Cooper, en su *Historia naval de los Estados Unidos*.—eran considerados

universalmente como invencibles en el mar y se dijo antes de estallar la guerra que cualquiera chalupa inglesa tomaría las fragatas americanas.» Sin embargo, en los primeros siete meses de la guerra los cruceros americanos apresaron 300 buques mercantes ingleses, y si bien todas estas ventajas no influyeron sensiblemente en el curso de la lucha, pusieron muy alto el nombre de la marina norte-americana y alentaron la confianza en su fuerza y el orgullo y espíritu nacionales. Los americanos se distinguieron principalmente por su habilidad en los ataques y la buena puntería de sus cañones.

La campaña siguiente, la del año 1813, tampoco justificó las esperanzas que se habían concebido, si bien se pudieron registrar algunas ventajas. Cerca de Frenchtown, no lejos del fuerte canadiense de Malden, el general americano Winchester sufrió una derrota fatal, debida á su negligencia, siendo hecho prisionero con toda su fuerza, que luego fué pasada á cuchillo por los indios. En esta ocasión el Estado de Kentucky perdió algunos centenares de sus mejores hijos. En cambio el general Harrison construyó el fuerte Meigs, á orillas del río Miami, y lo defendió victoriosamente contra las fuerzas inglesas, que tuvieron allí muchas bajas. En el Norte hubo varios encuentros, algunos de ellos muy sangrientos, pero sin resultados notables; los americanos tomaron á York, la capital del Alto Canadá, los fuertes de Georges, á orillas del Niágara, y el de Erie, junto al lago del mismo nombre. Cerca de Sacketts Harbour, las milicias americanas huyeron en dispersión, y cerca de Stony Creek los ingleses hicieron prisioneros á dos generales con algunos centenares de soldados. Un coronel inglés capituló con 590 hombres y dos cañones; pero la ciudad de York, abandonada por los americanos, fué reconquistada por los ingleses, sucesos todos de importancia secundaria. Por lo demás, toda esta guerra lleva el mismo carácter mezquino, lo cual se explica por el reducido número de las fuerzas que se emplearon por ambas partes.

Los sucesos de esta campaña mas importantes y mas felices para los americanos fueron la batalla naval en el lago Erie y la batalla junto al río Támesis. En la primera lucharon 9 buques americanos con 56 cañones contra 6 buques ingleses con 65 cañones; el buque almirante americano, *Lawrence*, quedó luego tan maltrecho que el almirante Perry tuvo que abandonarlo; pero consiguió, en medio de la lluvia de balas, trasladarse á otro buque desde el cual pudo dirigir la batalla, en la cual quedó destruida la escuadra inglesa, á saber: dos buques de alto bordo, dos bergantines, una goleta y una chalupa. Los americanos quedaron dueños del lago Erie, y el general inglés Proctor se retiró de Detroit y fué derrotado á orillas del río Támesis por el general americano Harrison, que le hizo 600 prisioneros.

En esta última acción murió el jefe indio Tecumseh, fiel aliado de los ingleses y enemigo mortal de los americanos.

Tecumseh se había negado constantemente á pactar con los americanos y se había opuesto á todas las ventas de territorio que los indios, incapaces de unirse, habían hecho á los invasores blancos. Este jefe tenía por auxiliar á un hermano suyo que pretendía ser enviado del «Gran espíritu» para mejorar y guiar á sus hijos de piel roja. Este profeta gozaba también de gran predicamento en todas las tribus indias y se oponía como su hermano á las cesiones de territorio á los blancos. Cuando un día un agente del gobierno de los Estados Unidos le quiso hacer comprender la validez del pacto celebrado por el general Wayne con las tribus fijando los límites del territorio concedido á los blancos, contestó: «El Gran espíritu no conoce fronteras y sus hijos rojos le siguen.»

Tecumseh había visitado ya en 1805 las tribus del Sur, de las cuales la de los criques era la más numerosa y temible. De estos indios dice Pickett, en su *Historia de Alabama*: «En mi juventud hube de tratar mucho con indios criques que á centenares concurrían diariamente á la plaza de Alabama, y durante veinte años les visité con frecuencia en sus aldeas, donde tuve ocasion de conocer sus costumbres y diversiones como danzas, juego de pelota y toda clase de fiestas, que no se han borrado de mi memoria. Fuí á verlos por lo regular en compañía de europeos viejos, en su mayoría escoceses, que se habían establecido entre ellos y casado con muchachas indias mucho antes de la guerra de la independencia. Mi objeto era establecer relaciones de comercio entre ellos y los colonos. Muchos de estos europeos indianizados eran bastante instruidos y tenían hijos muy lindos é inteligentes. Pasé largos ratos con ellos y con caciques de su edad, sentados á la sombra de corpulentos nogales y moreras á la orilla del hermoso río Tallapusa. Allí, fumando con gravedad sus pipas, me contaron las antiguas tradiciones y leyendas de su raza y país. Aquella comarca respiraba calma, reposo, tranquilidad y satisfacción.» De un joven jefe guerrero de esta rama de pieles rojas refiere otro autor americano (1): «Este joven comprendía y aprendía rápidamente cuanto se le decía y enseñaba, pero conservó las inclinaciones y las cualidades características de su pueblo. Era el joven más activo, más fuerte y más andarín de su tribu; en los juegos y danzas nadie le ganaba en gracia y agilidad, y lo mismo podía decirse de la caza y del manejo del fusil y del arco; mejor jinete que él no había, ni tampoco más arrojado ni más temerario. Una india vieja que me solía hablar de él me dijo que las mujeres, casadas y solteras, de color y blancas, dejaban á menudo su trabajo para seguirle con la vista cuando corría montado en su caballo á lo largo de los mazaes.»

Véase cómo describe otro autor americano (2), testigo ocular, la visita de Tecumseh al pueblo crique: «Vi salir á los chanis (los indios que acompañaban á Tecumseh) de su campamento, todos pintados de negro, enteramente desnudos á excepción de un mandil de piel y armados únicamente de su maza de guerra; parecían una procesion de diablos y sus caras reflejaban odio feroz. Tecumseh iba delante y sus compañeros le seguían uno tras otro. Los criques formaban calle á ambos lados del sendero, en densas masas; los chanis, sin mirarlos, marcharon hasta el centro, donde estaban sentados delante de su morada el jefe y los guerreros principales de la tribu. Los chanis lanzaron su aullido de guerra y después ofreció Tecumseh al jefe de los criques un *vampum* (3), que de las manos del jefe pasó á las de sus guerreros principales y sucesivamente á las de todos los demás. Habiendo dado la vuelta, encendieron los chanis su pipa de paz y también dió la vuelta, tomando cada individuo de una y otra tribu una chupada. Todo esto se hizo en un silencio tal, que se podían oír caer las hojas que se desprendían de los árboles, porque tampoco se movía la atmósfera. Luego que hubo dado la vuelta la pipa, empezó á hablar Tecumseh con acento grave, lentamente y con voz sonora; poco á poco se fué animando su discurso, el acento se hizo apasionado, luego salvaje, y las palabras y frases salían como torrente indomable de la boca de Tecumseh, que erguido, con la mirada chispeante, estaba en medio de aquella gente como el rey de

(1) Alejandro B. Meek: *Romantic Passages in Southwestern History*.

(2) Claiborne: *Life and Times of General Samuel Dale*.

(3) Cinturon de correas colgantes á manera de flecos y adornadas de pedacitos de conchas de la especie *Venus lupanaria* (Less.), prenda que se enviaban las tribus indias en señal de paz y alianza. (*N. del T.*)

las selvas. Su fisonomía expresaba ya pena y cuidado, ya escarnio y odio feroz. He oído en mi vida muchos grandes oradores, pero ninguno que igualara á Tecumseh. En todas las caras se pintaba el efecto que el discurso producía en las almas de los que allí escuchaban silenciosamente, y cuando hubo concluido, la agitación era tan grande que el jefe crique empuñó su cuchillo y los guerreros blandieron como sedientos de sangre los suyos. Pasada esta explosión de ira restablecióse el silencio fúnebre de antes, se volvió á encender la gran pipa de paz, que dió la vuelta, y concluida esta ceremonia se irguieron los chanis dando un brinco y luego su grito de guerra, y se marcharon graves y silenciosos uno tras otro como habían venido.»

Los criques habían aceptado la amistad y alianza contra los blancos; Tecumseh regresó á su país, en la comarca de Detroit; allí organizó sus huestes y se negó á reconocer el pacto hecho por el general Harrison con los indios en 1809, por el cual estos cedían á la república tres millones de acres (1.215.000 hectáreas); pero mientras trataba con los criques, su hermano empezó las hostilidades en 1811 y fué destrozado completamente con su hueste, por el general Harrison, junto á la embocadura del río Tippecanoe. Entonces Tecumseh prestó servicio en el ejército inglés, donde le dieron el grado de general. Cuando el coronel americano Dudley fué hecho prisionero con algunos centenares de hombres por los ingleses, quisieron los indios, según su costumbre, degollarlos á todos; pero Tecumseh los salvó poniéndose delante de los suyos y amenazando con la muerte á cuantos pusieran la mano en los prisioneros.

Con la muerte de Tecumseh, en la batalla á orillas del Támesis, desapareció el temor de una guerra general con las tribus indias unidas; pero los criques, bien provistos de fusiles y municiones por los traficantes ingleses y españoles, y teniendo á sus espaldas las incommensurables selvas, en las cuales no podían seguirlos las escasas tropas de los Estados Unidos, dieron todavía mucho que hacer á estos, sorprendiendo, mutilando y degollando á cuantos blancos podían, incendiando aldeas, caserías y cosechas en las fronteras de la Georgia y de las Carolinas. En 1813 se apoderaron por una de sus sorpresas del fuerte de Mimm, situado á unos 96 kilómetros al Norte de Móbil, donde se habían refugiado 553 colonos, que fueron con los demás prisioneros martirizados ferozmente según la costumbre de los salvajes, sin que lograran librarse de la matanza más que cinco ó seis. Entonces los gobiernos de los Estados del Sur organizaron á toda prisa un ejército para poner fin á tantas atrocidades. Fué nombrado jefe Andrés Jackson, hijo de colonos pobres, que no habiéndole podido dar ninguna instrucción le colocaron de aprendiz en casa de un guarnicionero rústico. Luego se puso á estudiar jurisprudencia, y aunque jamás llegó ni á conocer medianamente el derecho, consiguió la plaza de fiscal del gobierno de Tennessee, para cuyo cargo se necesitaba, entre aquella población ruda y grosera, un hombre rudo, enérgico, valiente y popular. Washington le había nombrado procurador general del distrito jurisdiccional, y el gobernador-presidente del Tennessee solía decir en casos difíciles: «Encomiendo esta causa al procurador general Jackson, que cumplirá con su deber y los culpables tendrán su merecido.» Se casó con una viuda con la cual había tenido relaciones amorosas en vida de su marido; además era pendenciero y tuvo varios desafíos, saciando de ellos dos veces herido; en fin, era un verdadero patán hasta en su vestir. Tomó parte en la asamblea constituyente del estado de Tennessee, que recibió este nombre á propuesta suya. En 1796 representó á este Estado en el congreso, y al año siguiente fué elegido senador de los Es-

tados Unidos por Tennessee. Según Jefferson, solo se hizo notar en el senado por sus accesos de ira, que casi le impedían hablar. En 1798 fué nombrado magistrado del Tribunal Supremo y en 1801 general de milicias. En 1806 retiróse de la vida pública y se dedicó á negocios mercantiles; pero al estallar la guerra con Inglaterra ofreció al gobierno nacional sus servicios, que fueron aceptados.

«A la energía y buena estrella de Jackson se debió el feliz éxito de la guerra con los indios criques, á pesar de las divergencias que hubo entre los generales de la Union, las cuales no permitían unidad de acción, y á pesar de la falta de provisiones y de la insubordinación de las tropas. Jackson sabía tratar á sus soldados: mandó fusilar á algunos díscolos y no dejó apenas descanso á los demás. En la época de la cosecha tuvo que vigilar con la mitad de su ejército á la otra mitad para que no se marchase á sus casas, y con todo esto continuó siendo popular; con este ejército, y en siete meses, venció á los indios en diferentes batallas hasta desalojarlos de su última guarida, en cuyas inmediaciones construyó el fuerte Jackson. Los criques perdieron en esta última batalla 557 muertos, sin contar cerca de 200 que se ahogaron en el río en su huida. Los demás se entregaron ó se refugiaron en los pantanos de la Florida. Jackson fué nombrado general del ejército de los Estados Unidos y se le confió la capitánía general del Sur, en cuyo puesto no tardó en prestar todavía servicios mayores.

El año 1814 empezó bajo auspicios nada halagüeños para los americanos, porque la paz hecha con Francia permitió á Inglaterra disponer de una gran parte de su armada, y la empleó en bloquear, saquear y asolar las dilatadas costas de los Estados Unidos, que Jefferson con sus economías había dejado completamente indefensas. En su tiempo habíanse hecho los primeros ensayos de defender los puertos por medio de minas submarinas y torpedos; pero en varios casos recibieron el daño los mismos americanos, porque la invención estaba en su infancia. Los ingleses alzaron un gran clamoreo contra el empleo de tales medios de defensa, contrarios al derecho internacional, si bien este no podía jactarse entonces de excesivamente humanitario.

Existían por aquella época cierto número de buques de vapor, si bien no se empleaban todavía ni para la guerra ni para la navegación marítima; Nueva York tenía nueve de estos buques. La marina de guerra americana solo podía lucirse excepcionalmente, porque la de Inglaterra era infinitamente superior. El navío inglés *Shannon* venció á la fragata americana *Chesapeake*, cuyo capitán Lawrence, herido mortalmente, dijo al expirar: «¡No entreguéis el buque!» palabras que desde entonces se han hecho proverbiales en la marina de guerra americana. Un crucero inglés capturó la chalupa de guerra americana *Argos*. En todo tiempo háse distinguido la marina de guerra inglesa por sus procedimientos brutales, pero en América se excedió entonces á sí misma, y cometió atrocidades sin ejemplo en las personas de las poblaciones que destruyó, como Havre de Grace, Georgetown y Fredericktown. Los almirantes ingleses Cockburn y Cochrane se hicieron tan odiosos que un americano ofreció mil pesos por la cabeza del primero. Algunas poblaciones se libraron, á costa de enormes sacrificios pecuniarios, de mayores desgracias; otras como Stonington, en Connecticut, se defendieron rechazando con grandes pérdidas á las tropas inglesas de desembarque. Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore se fortificaron para no caer en manos de los ingleses.

Tres fueron las operaciones ofensivas principales que los ingleses emprendieron en 1814; pero solo una les salió á medida de sus deseos, que fué la dirigida contra la capital Washington.

En el Noroeste tomaron los americanos la iniciativa abriendo la campaña los generales Brown y Scott, que tomaron por asalto el fuerte Erie; de allí se dirigió Scott á Chippewa, donde alcanzó una victoria brillante, que si bien no puede compararse con las grandes batallas europeas porque solo lucharon en ella por ambas partes unos 3.000 á 4.000 hombres, destruyó el encanto de la invencibilidad de las armas inglesas, de la misma manera que una sola fragata americana destruyó la ilusión del dominio inglés exclusivo de los mares.

Habiendo los ingleses recibido refuerzos, ofrecieron veinte días después nueva batalla cerca de las cascadas del Niágara. Este combate fué un verdadero desafío; ambos ejércitos pelearon con valor y ambos se atribuyeron la victoria de la jornada, siendo por ambas partes las pérdidas grandes; el general inglés Riall fué hecho prisionero y el americano Scott recibió heridas que le inutilizaron para el resto de su vida; pero en atención á los continuos refuerzos que llegaron á los ingleses, los americanos se replegaron sobre el fuerte Erie. Allí los sitió el general Brown, que fué rechazado otra vez hasta Chippewa; de suerte que á la entrada del invierno la situación por aquella parte resultó ser con poca diferencia la misma que al principio de la campaña.

El inepto Wilkinson emprendió una campaña de invierno contra el Canadá; pero fué rechazado, y reemplazado por el general Izard. El gobernador del Canadá, general Provost, invadió con un ejército de 14.000 hombres el estado de Nueva York, siguiendo poco más ó menos el mismo camino que había tomado en la guerra de la independencia el general Burgoyne. Publicó un manifiesto, dirigido á los habitantes, diciendo que no iba como enemigo del pueblo americano sino contra el gobierno establecido en Washington. Apoyaba sus operaciones una escuadra inglesa en el lago de Champlain, compuesta de 17 buques con 95 cañones y mandada por Downie; pero en el mismo lago tenían los americanos otra escuadra de 14 buques con 86 cañones mandada por Donough. Tanto en tierra como en el lago pelearon ingleses y americanos con valor y desprecio de la muerte. La escuadra americana quedó vencedora, tomó algunos buques enemigos, otros se fueron á pique y los demás huyeron. Provost, privado del apoyo de la escuadra, se retiró con su ejército terrestre otra vez al Canadá. En esta corta campaña perdieron los ingleses en total más de 2.500 hombres.

En la costa del Atlántico tuvieron, sin embargo, mejor éxito; la escuadrilla americana á las órdenes de Barney tuvo que huir y refugiarse en el río Patuxent, donde fué destruida para que el enemigo no se apoderara de ella. Entonces desembarcaron los ingleses una división de 4.000 hombres á las órdenes del general Ross, que marchó con ella directamente sobre la capital federal Washington. Cerca de Bladensburgh, á pocas millas de la capital, se le opuso el general Winder con algunos miles de milicianos reunidos á toda prisa; pero un pánico sin ejemplo se apoderó luego de ellos y se dispersaron despavoridos, tanto que uno de sus oficiales cayó exánime á consecuencia de tanto correr. El general Callum dice, en su historia de la campaña de 1812: «En nuestro ejército todo era confusión, y si bien Winder era el jefe de aquella multitud allegadiza, mandaban también como generales algunos miembros del gabinete, entre ellos el ministro de Estado (Monroe), el cual, sin avisar siquiera á Winder, cambió el orden de batalla dispuesto por este. Otro de los generales era el ministro de la Guerra (Armstrong), el cual había sido nombrado por el presidente, pocas horas antes, general en jefe de las fuerzas, nombramiento que afortunadamente fué suspendido antes de la batalla.» De resultas de esta derrota, el pánico se apoderó de todos, sin exceptuar el presi-